



Pablo Gómez

A menos que esto haya sido un engaño de principio a fin, alguien tendría que asumir la responsabilidad primaria del naufragio de la reforma electoral de la presidenta **Sheinbaum**, formalmente sepultada ayer. El primer nombre que me viene a la cabeza es el del veterano a quien se le encomendó la conducción del proyecto: **Pablo Gómez**. No parecía tan difícil diseñar una iniciativa que cumpliera con los objetivos trazados en Palacio Nacional y fuera aceptable para los aliados del Verde y el PT.

Pero no ocurrió. Todo indica que, fiel a su biografía y a su estilo, **Pablo Gómez** se movió con la lógica de no hay más ruta que la mía. Él tenía una reforma en su mente y era la que debía imponerse. He escuchado versiones de que, incluso, llegó a modificar por sus pistolas acuerdos adoptados por la Comisión de la reforma —que él, cierto, presidía—, y eran esas versiones unilaterales las que exponía ante la Presidenta. El resultado está a la vista: un fracaso. Un fracaso que es también el de su gestión. No habría estado a la altura. Fue el teórico obtuso incapaz de construir acuerdos ni siquiera con los de casa. Se machacará, por supuesto, que la culpa es de la ambición política y la codicia del Verde y el PT. Quizá por eso **Pablo** reaparezca pronto por ahí, como si nada hubiera pasado. Otra vez sin más ruta que la suya.



● Pablo Gómez